

colás, su sucesor, menos místico y no tan querido del pueblo, tenía necesidad de ocupar en el exterior sus inquietos ejércitos; pero Wellington le indujo á interponer su mediación para reconciliar á los insurgentes con la Puerta, haciendo que la Grecia se convirtiera en una dependencia del imperio otomano. En el congreso de Ackermann, el diván se obligó á cumplir religiosamente el tratado de Bukarest, á respetar los privilegios de Valaquia y Moldavia, las fronteras asiáticas de los dos imperios y á conservar á los siervos las ventajas estipuladas. Celebrado este pacto, sacó la Puerta los ejércitos que tenía en los principados con objeto de redoblar sus esfuerzos contra los griegos, y mientras los egipcios sometían el Peloponeso [Mayo de 1826], el gran señor decía á Reschid bajá de Romelia: *ó Misolonghi ó tu cabeza*. Convirtiéndose, pues, en teatro de la guerra la capital de la Etolia, sagrada por contener las tumbas de Bozaris, de Byron, de Kiriaculis, y cuyas fortificaciones tenían los nombres de Tell Franklin Rigas y otros semejantes. El ejército otomano, dirigido por oficiales europeos rechazó á las tropas griegas; los habitantes de Misolonghi, tenían valor, pero les faltaba el pan, y reducidos al último extremo concertaron una salida en la cual las mujeres iban también en traje de guerreros. Perecieron entonces muchísimos porque fueron vendidos, y los restantes hicieron volar media ciudad [Abril de 1826] con los bárbaros que la habían invadido.

Las reformas en Turquía pueden ser administrativas y militares, pero no morales. Mahamud, aunque se había educado en ideas musulmanas, al ver sucumbir su imperio, dedujo que la civilización europea era mejor por ser mas fuerte, y la abrazó ya de edad madura sin conocerla. Por consiguiente, trató de reformar antes de todo el ejército, y acordándose de su maestro Selim pensó en sacar ciento cincuenta hombres de cada una de las

cido poco después de los grandes acontecimientos europeos, y hubiese tenido mayor descanso para considerar cuán opuestos estaban los intereses de los pueblos y de los tronos con la política que á la sazón guiaba los gabinetes, habría conocido por cierto que la humanidad cuando reclama sus justos derechos y no se le da oídos, las consecuencias tarde ó temprano no pueden ser sino deplorables y muy calamitosas. Pero aquel emperador que no tuvo bastante tiempo para reflexionar en lo que acabamos de referir, también él en los últimos años de su vida adoptó en sus estados medidas represivas; y finalmente, falleció en Diciembre de 1825 en Taganrog después de una breve dolencia que dió lugar á sospechas de envenenamiento, aunque no muy fundadas. Sus súbditos derramaron lágrimas sobre su tumba pero sin entusiasmo, porque tenían ya, que su cambio instantáneo le hubiera poco á poco llevado á abolir todos los privilegios que les habían otorgado.

(Nota del traductor.)

compañías de genízaros, las cuales ascendían al mismo número, para formar con ellas regimientos á la europea. Los oficiales, habiendo oído la declaración del muftí, juraron someterse al mando imperial, y recibieron fusiles, bayonetas y uniformes; pero en breve volcaron las marmitas y entregaron á sangre y fuego Constantinopla. Mahamud, obstinándose en su plan, llamó con urgencia tropas y artillería de todas partes, desplegó la túnica del Profeta (1), y bendiciendo á la multitud, que se agrupó en torno de aquella [15 de Junio de 1826], la mandó acometer á los genízaros reunidos en el hipódromo. Entonces fueron destruidos con el hierro, con el fuego y con la metralla los que habían sido defensores y terror del imperio; cuatro mil murieron en una sola noche, y fueron arrojados al Bósforo; veinticinco mil perecieron en los días sucesivos con sus mujeres é hijos, que fueron degollados ó ahogados, y últimamente quedó abolido el nombre de genízaros. He aquí, como el gran turco creía convertirse en europeo; pero no hacia mas que debilitar sus fuerzas; quitar al pueblo la fe fatalista, y al ejército la feroz energía, único manantial de donde podía sacar su poder, no dejando á la nación musulmana mas que el convencimiento de la propia decadencia, y la prueba de que en un reino carcomido reformar es destruir.

La Europa toda simpatizaba ardentemente con los griegos, hasta el punto de obligar al silencio á los gobiernos contrarios; pero mientras los monarcas discutían entre sí, los turcos degollaban sus enemigos. Costaron caras á Ibrahim sus victorias en Grecia, y éste, no pudiendo subyugar con las armas á los helenos, recorrió el Peloponeso, asolándolo incendiando los olivos, arrancando las mieses y matando á las gentes indefensas. Concentraronse sobre Atenas los esfuerzos de los griegos y de los turcos; pero las disensiones tenían mal parada la causa de los primeros, cuando por fin, habiendo conocido la necesidad de la unión en lo interior y del apoyo exterior [1827], confiaron mandos y magistraturas á extranjeros preclaros, y su

(1) La bandera de Mahoma en Constantinopla está en la sala de las reliquias, envuelta en cuarenta cubiertas de seda, y la túnica del profeta en cincuenta. Todos los años se descubre esta última con gran solemnidad el día 15 del mes del Ramadan, y se da á besar á la corte. Conforme va cada uno cumpliendo esta ceremonia, el gran escudero del imperio la limpia con un pedacito de muselina, que después los que han asistido conservan como recuerdo. Concluida la ceremonia se lava la parte besada de la túnica en un gran vaso de plata, y se divide aquella agua en frasquitos, que se envían sellados á los príncipes y grandes. Estos suelen poner una gota en el primer vaso de agua clara con que aquella noche se desayunan y la creen preservativo de enfermedades é incendios. Hammer, *Stoutsvers und stoulsverew des Osm* R. I. 19.

presidencia á Capodistria. Se formó entonces un nuevo estatuto político (17 de Mayo de 1827), y se estableció la residencia del gobierno en Nápoles de Romanía.

Capodistria estimulado por el deseo de ser útil, y sin mas objeto que el de defender los intereses de Dios, de los griegos y de la humanidad, se había hecho violencia á sí mismo, consintiendo en ser elegido presidente; puso sin embargo, algunas condiciones, que nadie se atrevía á rechazar, porque juzgaban todos que hablaba en nombre de Rusia. Ocupábase entretanto en recorrer la Europa, buscando dinero, amigos y protección en las cortes, y haciendo grandes promesas á los griegos, pero los pintaba á los gobiernos europeos como piratas y bárbaros, á quienes él solo podría reprimir. Al llegar á Egina, se encontró rodeado de aquellos grandes capitanes que debían su poder tan solo á sus proezas y mérito personal, y que eran mas valientes para el mando que dispuestos para la obediencia. Sin embargo, Capodistria quería dominar en el país, mientras esperaba órdenes de fuera; pero aunque era esperto en el arte de gobernar á un pueblo bien organizado, ignoraba el medio de constituirlo, y no sabía concebir cómo podía jurarse fidelidad á una independencia que no existía. Intimó, pues, á los griegos, que querían orden y dinero por su medio, que suspendieran la constitución. Accedióse á sus exigencias, y habiendo logrado ser revestido de una autoridad absoluta, procuró dar á la Grecia cultura, caminos y escuelas; pero le eran desconocidas las leyes y costumbres del país; mantuvo en prisión á Mauromicalis y á otros que se oponían á su omnipotencia; rodóse de hechuras propias; rechazó las proposiciones que hizo la Puerta por medio de Austria, ofreciendo perdonar á los griegos si volvían á la obediencia, obtuvo subsidios de Inglaterra y Francia, no pidiendo á los naturales mas que silencio.

Estaba, pues, la Grecia en manos de un solo hombre; se discutía su suerte en los gabinetes europeos, y los helenos debían esperar tanto de las rivalidades de los príncipes como de sus propias armas. Dejar que los griegos recobrasen el suelo arrebatado á sus padres y reemplazasen una potencia que rechazaba las intenciones pacíficas y sociales de Europa con otra que estuviese dispuesta á adherirse á ellas, era una idea tan sencilla como justa. Pero los monarcas, además de tener el ejemplo de una revolución triunfante, alimentaban proyectos ambiciosos, para cuyo logro servía mas que nada un imperio débil, que con el tiempo podría caer en sus manos. Habiendo convenido entretanto las cinco potencias en reunirse para arreglar sus diferencias relativas á Grecia, el diván, fuerte con el apoyo de Austria, la cual declaraba que no consentiría que el sultan descendiese hasta el puesto de simple señor de los griegos, respondió que era contrario al derecho de gentes que un soberano entrase en

pactos con sus vasallos. Pero Francia é Inglaterra temiendo que la Rusia sacase para sí sola la ventaja de esta empresa, firmaron para evitar el peligro, un tratado con ella [6 de Julio de 1827], en el cual significaban á la Puerta, bajo el pretexto de terminar una lucha que ponía trabas al comercio, que si en el término de un mes no aceptaba la mediación ofrecida, se pondrían de parte de Grecia, y con todos sus medios obtendrían la paz ya necesaria entre dos pueblos fanáticos y encarnizados: nuevo género de diplomacia, que en plena paz creaba un estado de guerra. Los griegos aceptaron de buen grado esta especie de reconocimiento de su independencia; pero el diván se dió por ofendido, y se irritó contra Austria, casi culpándole de haber faltado á sus promesas.

Las potencias obtuvieron un armisticio de Ibrahim-Bajá [25 de Setiembre] que había recibido de su padre noventa y dos buques en Navarino; pero Ibrahim, viendo que la ocasión era favorable, violó la tregua y recorrió el país asolándolo todo. Los almirantes de las tres potencias reclamaron el cumplimiento de los convenios, cuando Ibrahim en vez de darles oído, les devolvió sus comunicaciones sin abrirlas. Entonces le acometieron, y el inglés Condington, puesto á la cabeza de todas las fuerzas cristianas, atacó y destruyó la escuadra otomana [28 de Octubre]. Europa oyó atónita la noticia de este golpe inesperado [1], y Jorge de Inglaterra, en el discurso del trono lo llamó suceso desgraciado, porque la debilidad de la Turquía redundaba esclusivamente en provecho de Rusia.

(1) Nadie ignora que entre los fastos de la Grecia moderna, ocupan un lugar preferente Misolonghi y Navarino. En aquella capital de la Etolia, el atroz musulmán vió todo lo que podía un pueblo que combatía por sus derechos y su nacionalidad contra falanjes de bárbaros esclavos, mientras que por otra parte las potencias adversas á la independencia griega empezaron á vacilar en su misma obstinación, y desde aquel momento *el buen Metternich*, que era un verdadero abogado turco en favor del diván, conoció que sus esfuerzos no habían tenido buen éxito. Navarino, antigua patria del viejo Néstor, era también reservada á ver al genio de la antigua Grecia levantar nuevamente la cabeza de sus olas ensangrentadas por el impío Ibrahim. Pero en esta circunstancia los europeos, no dejando de hacer alarde de generosidad en medio del estampido de los cañones, salvaron la vida á aquel almirante egipcio, á pesar de que sus crueldades habían sido inauditas contra pueblos cristianos.

El heroísmo de los helenos en Misolonghi, la batalla de Navarino, y finalmente, la independencia griega reconocida por las potencias europeas, inspiraron el número patriótico de vates muy distinguidos; pero entre estos merece ser mencionado con preferencia el ilustre Mezanotte, italiano, el cual publicó un libro titulado *La Grecia regenerada*. En esta obra se encuentran

Sin embargo, la Puerta no dió muestras de temor; pretendió que en sus negociaciones con las potencias se descartase la cuestión griega, y exigió una compensación por la escuadra; por lo cual los embajadores se retiraron de Constantinopla y el gran señor proclamó la guerra santa. Nicolás, viendo que la Turquía no respetaba la bandera rusa, que le cerraba la entrada del Bósforo, y dificultaba sus negociaciones con la Persia, le declaró la guerra, no por ambición ni espíritu de conquista, sino para restablecer el comercio de sus súbditos y el cumplimiento de los tratados, asegurando la navegación de los buques europeos en el Bósforo. Entre tanto hizo proposiciones al gobierno francés para obtener su neutralidad, prometiéndole, no sólo la Morea, si hacia grandes conquistas, sino también extender las fronteras de Francia hasta el Rin, destinando á Holanda y Prusia otras compensaciones.

El divan, sobornado tal vez por Austria habiéndose negado á entrar en pactos, enumeró los agravios recibidos de Rusia, secreta instigadora de la rebelión de sus Estados; sostuvo que una potencia no tenía derecho para mezclarse en las cuestiones de gobierno interior de otra, ni en las contiendas con súbditos ajenos. Así, pues, rotas las hostilidades, Withgenstein pasó el Pruth (Mayo de 1828) con cien mil rusos. Es táctica de los turcos retirarse delante del enemigo para concentrar sus tropas en las grandes fortalezas, donde combaten con mucha resolución. La Rusia, sabiéndolo por experiencia, comenzó por asegurar su posición en las plazas de Jassy y Bukarest, y después prosiguió adelante. Entonces su ejército adquirió por segunda vez la simpatía de los liberales; el gran turco redobló su celo, sus recompensas, sus proclamas; y Francia é Inglaterra, temiendo que la Rusia reportara todo el fruto de la emancipación de Grecia y del triunfo que los almirantes franceses é ingleses habían obtenido en Navarino, estrecharon la triple alianza para consolidar el gobierno griego, sin mezclarse en la cuestión particular entre Rusia y Turquía. Austria, oscilando entre uno y otro partido, perdió todo su influjo, y en vano intentó Metternich, asustado, atraer el gobierno francés á una alianza contra los proyectos amenazadores de Rusia. En tanto Paskewich, vencedor de los persas, cayó sobre la Armenia turca; pero la acción dividida en

como en un bello panorama desplegado los nombres de los mas ilustres capitanes helenos y celebradas en versos armoniosísimos sus hazañas. El autor, que maneja con mucha maestría y elegancia su propio idioma y lo adorna con figuras ya robustas, ya patéticas, infunde en sus lectores el entusiasmo hácia un pueblo, que estrechado en los brazos de un déspota gigante, llega finalmente con sus esfuerzos á libertarse, arrojando á la cara de su opresor con noble encono las cadenas que le amarraban.

(Nota del traductor.)

cuatro puntos, no tuvo vigor en ninguno; y la Turquía dió á sus enemigos el espectáculo de una fuerza de que estos no la habrían creído capaz. Al fin, las tres potencias resolvieron enviar un ejército al teatro de la guerra; Francia se encargó de hacer evacuar á Ibrahim la Morea; Codrington hizo en Alejandría con el virey de Egipto un convenio, por el cual éste se obligó á restituir los prisioneros, á quienes había llevado esclavos á las orillas del Nilo, así como á no tener guarnición en Morea mas que en cinco fuertes, y la península quedó libre.

Inglaterra no quería que se quitase á la Turquía ninguna otra posesión; Francia, liberal á medias, pedía una ampliación de límites; pero el gran señor se obstinó en no ceder, y las potencias vieron que era imposible impedir la expedición rusa. El general Diebich, tomó el mando de veinticuatro mil hombres, que protegidos por dos escuadras situadas de improviso á los lados de Constantinopla, se adelantaron por el Balcan [Febrero de 1829]. La Puerta opuso á estas tropas veteranas ciento ochenta mil reclutas inexpertos, á quienes la disciplina europea, recientemente introducida, mostraba el peligro, pero no los medios de evitarlo; y mientras los ulemas esparcían entre el pueblo la voz de que Mahamud no podía ser favorecido por la victoria á causa de haber corrompido con sus reformas el Koran, Reschid-Baja, vencedor de Af Tebelen defendía el Balcan; pero el águila rusa no detuvo su vuelo hasta Andrinópolis, segunda capital del imperio: al mismo tiempo Paskewich atravesó el Cáucaso y atacó á Erzerum (9 de Julio de 1829), que cayó en su poder.

No había remedio para Constantinopla, si la diplomacia de Francia é Inglaterra no hubiese detenido á Nicolás. El divan, habiendo perdido pues, toda esperanza, se decidió á consentir en la redención de Grecia, á renovar los antiguos tratados con Rusia, á dejar libre la navegación del mar Negro, y á indemnizar á los comerciantes de los perjuicios sufridos, con tal que se conservase la integridad del imperio. Por la paz de Andrinópolis (14 de Setiembre de 1829), se le devolvieron las plazas de la Romelia y de la Turquía asiática, excepto algunas que se reservó la Rusia por su seguridad, y los principados de Valaquia y Moldavia, dejando á salvo á los hospodares el derecho de arreglar libremente los negocios interiores. En virtud de este tratado, se declaró también libre el paso de los Dardanelos para las potencias que estuviesen en paz con la Turquía; y la Puerta se obligó á pagar por indemnización y gastos de guerra ciento treinta y siete millones de francos, y á aceptar las resoluciones que adoptaran las potencias en una conferencia, que debía celebrarse en Londres para deliberar sobre la pacificación de Grecia.

Así la Rusia se aseguró el comercio del mar Negro y buenas fronteras hácia la Per-

sia, tanto mas importantes, cuanto que la separan de esta potencia y le dejan abierta la Turquía.

Francia é Inglaterra, envidiando al gabinete de San Petersburgo la gloria de decidir de los destinos de Grecia, trataron de contribuir en alguna parte á su completa emancipación, ya que unida con la Turquía no podía tener paz ni bienestar; por lo demas, se prometían dar satisfacción á la Puerta, restringiendo cuanto fuera posible los límites del nuevo reino. Con este objeto se propusieron que la Grecia, como estado libre, tuviese por frontera una línea que desde la embocadura del Asceropótamos se dirigiese á la del Sperkio, dejando así á la Puerta la Acarnania y parte de la Etolia, estableciendo en el país griego un gobierno monárquico, y dando completa amnistía y un año de tiempo para que pudieran vender sus bienes los que quisiesen emigrar.

La Grecia, creyendo que tenía un derecho en hacer resonar su voz en las conferencias donde se decidía de su suerte, manifestó que los límites que se le señalaban no eran defendibles; que era una burla llamar Grecia tan sólo á la Morea y á la Livadia [el Peloponeso y la Hélade], mientras se separaban de su territorio las provincias mas populosas, como el Epiro, la Tesalia y la Macedonia, y se entregaban de nuevo á los turcos las islas de Creta, Samos, Ipsara y Chio, teatro de tantas gloriosas empresas. Por último, solicitó que el monarca que se le diera profesase la religión del país.

Capodistria, que aun cuando no lo manifestaba, conservaba siempre predilección á Rusia, reputándola como causa natural de la libertad griega, no llevó á bien que fuese elegido rey el candidato de Inglaterra, es decir, Leopoldo de Coburgo, é indicó á éste, que no habiéndose hablado una palabra de constitución, ó los aliados querían establecer en Grecia un poder despótico, ó reservaban al nuevo príncipe, que ciertamente no quería reinar sin formas legales, el peso y el peligro de dar sabias instituciones. Al mismo tiempo le pintó con negros colores la situación del país y la necesidad de gastar sumas inmensas; de suerte, que Leopoldo renunció al cetro que se le ofrecía, no queriendo comenzar su reinado por ser esclavo de las cortes extranjeras y tirano de los pueblos. Acontecimientos todavía lejanos debían resolver esta cuestión.

#### AMERICA.—ESTADOS-UNIDOS.

El furor de las guerras europeas tomó el camino del otro hemisferio, y las ideas agitadas entre nosotros, echando raíces mas hondas en el Nuevo Mundo, se mostraron en todo su vigor cuando en Europa eran reprimidas.

La América del Norte, después de la larga lucha en que obtuvo su independencia, se encontró libre, pero sin dinero, sin indus-

tria y sin concordia; así que la realidad se mostraba inferior á las esperanzas, siempre exageradas, y causaba disgustos. La falta de todo vínculo entre países distantes y de intereses diversos, era origen de graves inconvenientes, siempre que la oposición de uno de ellos estorbaba la ejecución de los decretos de los demas. Sentíase, pues, la necesidad de la unión para pagar las deudas comunes, y reprimir entre todos las turbulencias de cada cual, y por consiguiente la necesidad de reformar el pacto federal, hecho en el fervor de la lucha, segun cuyo arreglo la asamblea no era legisladora soberana, sino una reunión de diputados con limitados poderes, cuyas discusiones para ser válidas, necesitaban la ratificación de cada Estado. Por lo cual, aquella asamblea sucumbía frecuentemente ante la fuerza de inercia ó de resistencia. Los *federalistas* no negaban la soberanía de cada Estado; pero atendiendo á la utilidad comun, querían que se fundiesen todos en uno solo, constituyendo un poder central, ilimitado, que tuviese autoridad sobre todos ellos, como los gobiernos particulares la tenían en cada uno; que pudiese obligar á los individuos ó á los Estados á cumplir el pacto comun, y que dispusiese del ejército y de la marina. En una palabra, querían que los trece Estados formasen una nación (1).

(1) A pesar de que nuestro autor, al hablar en este capítulo de los Estados- Unidos de América, nos brinda con un cuadro bastante preciso y claro de la situación en que se encontraron después de haber conquistado su independencia, no desagradará por cierto á nuestros lectores conocer algunos pormenores sobre el particular, consignados en el Compendio de la historia de los Estados- Unidos de Emma Willard, americana, cuya obra muy apreciable por su exactitud, ha sido citada por nosotros otras veces.

“A la conclusion de la guerra, se hallaban abrumados de deudas el gobierno general y el de los Estados. Era necesario echar gravísimos impuestos sobre el pueblo, cuya pobreza llegaba hasta el extremo de verse á menudo destituido aun de lo mas necesario para la vida, cuya causa al fin produjo insurrección en el país.

“En el mes de Agosto se reunieron en Northampton, cerca de mil quinientos insurgentes con las armas en la mano; los cuales tomaron posesión de la casa de corte para impedir las sesiones del tribunal y la expedición de decretos. Al siguiente mes, ocurrió en Worcester otra escena semejante. El caudillo era Daniel Shays, que á la cabeza de trescientos hombres marchó á Springfield, y cerró al tribunal supremo la casa de corte. Ordenóse que el general Shepard marchase con mil doscientos hombres á Springfield, donde negándose la multitud á deponer las armas, le mandó hacer fuego, y mató tres hombres; con lo cual entró la confusión entre los revoltosos y pronto se dispersaron. Solo catorce fueron sentenciados á muerte y después perdonados.

“Vióse entonces que eran inadecuados los artículos de la confederación, aunque durante lo in-